

Ínfulas de mendicante

antifiguraciones

El día que fundamos nuestra cooperativa me había puesto la gorra con orejeras, un poco lacia, y el abrigo largo y verde de veterano, sucio por los faldones, quizás algo roto por la espalda y descosido por los forros, pero potable aún.

Ella no me había visto. Estuve en buen rato contemplando aquella figura tan graciosa que acaparaba a Manolita. En sus lentes de culo de botella se reflejaban los colores de la máquina y de la dura contienda. De vez en cuando, Manolita transigía. Nada serio. Un par de monedas. Unos avances. Me reía de sus picardías porque la cebaba bien. Florencia no se amilanaba y, de cuando en cuando, tomaba aire, suspiraba, pegaba unos sorbos al mosto y volvía a la carga. Extraía del monedero las piezas que introducía en Manolita, con la ilusión de las viejas que echan migas de pan a las palomas. Luego pareció cansarse. Apuró el vaso, cerró con fastidio el broche del monedero y se recogió en su bufanda tornasolada por el patín de la mugre.

-Es una pena que se rinda, señora. Tiene el premio a tiro de dos euros. Cuatro, todo lo más. – anuncié yo achinando los ojos con gesto de entendido- Cuando sale tanta fruta es lo mismo que cuando se mueve un árbol: está al caer.

Se quedó dudando con el carrito tomado por el asa, lanzándonos ojeadas, cuando a mí, cuando a Manolita, sin decidirse por completo a marchar o a quedarse. Me bajé del taburete, metiendo la mano en el bolso y haciendo sonar el cobre, dirigiéndome hacia Manolita y suspirando.

-Me sabe mal porque es como aprovecharme de usted, señora. Si quiere, yo le diré lo que haremos. Vamos a medias en los gastos y los beneficios. A tandas de dos euros, ¿hace?

En realidad estaba a tiro de seis, pero ella me tomó confianza. Después me confesó que fue por lo de la fruta, porque, de moza, había

estado haciendo dinero por el pueblo a la recogida, y de ahí que emparentase los frutos con la buena suerte, y esta a su vez con el dinero. Esa superstición y un suave deje de provinciana al acabar sus palabras fueron su herencia.

Sacamos el premio grande. Me gusta pensar que fue el regalo de bodas de Manolita al vernos emparejados. Trescientos eurazos que fue vomitando la condenada, en una cascada que sin fin y que llamó la atención del resto de las mesas. Nunca Manolita me había obsequiado con un premio tan grande; pero me mantuve sereno, con gesto de <<te lo dije>>, con cara de <<es una cosa normal, qué esperabas>>. Montamos montañitas con las monedas para que la camarera nos las cambiara y guardamos dos montoncitos de aquella morralla como munición para un próximo asalto.

-Esto hay que celebrarlo –le propuse-. Conozco un sitio en que por siete euros te quedas como un marqués. Un sitio de lujo, que hasta te ponen de papel y cubiertos limpios y varios platos a escoger.

Me gustaba además porque era un bar sin manolitas, donde uno se sentaba a gusto a paladear el vino peleón sin estar pendiente de las jugadas. Al calor del vino me contó ella su historia: cómo había ahorrado para venirse en la recogida, pensando que cada fruta, cada saca constituían pasitos triunfales; que ahora no, pero si la hubiese visto entonces, era una Saritísima o una Jurado, que cantaba como los ángeles, lo mismo jotas, que coplas, que bulerías..., pero que tuvo mucha mala suerte y muy pocos repudios y un tunante en lugar de un buen agente que le negociase las giras; y se despachó a gusto, que le bebió los cuartos paseándola por escenarios lumpen, compartiéndola en camas y en fiestas hasta que desapareció sin una mala nota y dejándole solo las deudas; que ella, señor, que qué mala suerte había gastado siempre para eso de los hombres, que le habían salido todos toditos

unos ranas y unos sinvergüenzas, y que el que no le resultó cojo, le renqueaba al cabo.

Andaba vieja. En la mugre de la piel y en lo desvaído de los ojos se le adivinaba lo mucho de calle que traía encima, haciendo que pareciesen ínfulas de mendicante aquellos desvaríos de grandeza con los que me entretendría las tardes, relatándome sus noches gloriosas en los escenarios.

-Parece reina que tu suerte ha cambiado. Mira, mira qué tarta tan grande para empacharte a gusto del sabor dulce de la vida –y le acerqué un pedazo de pastel.

La convencí aquella misma tarde de que juntos convendríamos mejor contra la adversidad. La traté de cielito, amor, vida y le confesé que no la dejaría irse, que era mi talismán. Ella me ofreció un poco del vino de su carrito. Por las mañanas se echaba al mundo desde su cuarto de pensionados, llevándolo todo, que aquel lugar era de mala gente, que le revolvían las cosas y que en cierta ocasión, mientras estaba ella en el baño, la encerraron y le levantaron un relicario de oro de la Virgen de Lorca, con un cordón como este de gordo –y ofrecía su índice por medida-, con una Cruz de Caravaca así, así, como esta uña.

Qué sé yo si fue por el vino, que se me anubló la razón y se me anegó de ímpetu el corazón, que fue el caso que rebusqué en el bolso de mi tremenda zamarra y cuando toqué el mango de la navaja, la saqué, la abrí, los traté de miserables y prometí que de encontrármelos los cosía así y asá.

Ella se asustó al ver el hierro; me tomó de la manga y me susurró qué haces, loco, que no ves que estás llamando la atención, que no ves que nos mira la gente, que si hay un municipal nos la cargamos. Y me tranquilizó: que tampoco era de mucha ley el relicario, ni tampoco así de grueso el cordón, hombre, tate, tate, y tironeando me hizo caer de culo

en el banco y se soltó a reír la maldita contemplándola cara de zote que se me pintó. Y se me echó encima, casi asfixiándome, y se me acercó con sus labios de lechuga que sabían a rumor de hojas y de vinagre, a pintalabios recocado. Me besó largo, con provecho, desorejándome la gorra, y después se levantó y se fue con el carrito citándome, mañana a las once, a la entrada del bar.

Nos sonreía la Fortuna. Fueron días de vino (de cartón) y rosas (del parque donde hacíamos recuento de nuestro botín). Para que no nos mirasen mal hasta tomábamos cortado con porras de desayuno y sacábamos, cuando menos, ocho eurazos en limpio descontados ya los cinco que costaba el desayuno. Volví a engordar un poco. Pero no siempre la Fortuna es de quedarse mucho con lo pobres y más bien se entretuvo con nosotros haciendo un guiño.

-Manolita está celosa, reina. No la culpo –bromeaba por quitarle peso a nuestra mala racha. A ella, que al principio festejaba con sonrisa mis bailes cuando cobrábamos los créditos y se escuchaba el tamborilear de las monedas en las cajas de lata, le empezó a cargar que me dirigiera a la máquina como Manolita porque se le figuraba que era el nombre de alguna pelandusca que yo traía a mente cuando hipaba de gozo, << sí, sí, hazme gozar >> aunque le jurase (en vano) que era a razón de la doña que vendía la loto en Sol, un homenaje.

-No te pongas celosica tú también, reina –y después, viendo sus labios de culo de gorrino arrejuntándose en un espasmo de enfado, suspiraba y nos íbamos-. Anda, anda, vamos, que una mala tarde la tiene cualquiera –la animaba.

Pero en realidad no era una mala tarde lo que tiene cualquiera, sino una buena, porque aquella mala racha amenazaba con hacerse definitiva, crónica, y comerse nuestros ahorros.

-Manolita se está llenando el buche a nuestra costa, reina, pero pronto vomitará su indigestión. ¿Para qué va querer ella tanto dinero?

Le propuse compartir nuestros gastos. Se lo decía cuando bebíamos en el parque, arrebuados contra el frío, compartiendo el vino y merendando migajas de pan triste y besos rancios. Hablaríamos con la dueña de la pensión para negociar mi entrada. Una parte de la ayuda estatal que recibía se la comía mi alojamiento en aquel tugurio de la Ambrosía. La Ambrosía se llamaba Ambrosia en realidad, pero el cambio de tilde le acentuaba lo apetitoso, se figuraba. Era una ramerita salerosa del barrio, entradita en sus años, que me sacaba los cuartos cuando andaba de calentura, que me coceaba despertándome y sacudiéndome el sueño para que me fuese del cuarto al rellano si encontraba clientela y me empleaba de ayo los sábados y los domingos, al cuidado de aquellas dos bestezuelas que tenía por nietos, para patearse las calles.

De esto, claro está, nada le menté, que no la quería enfermar de celos, ni ponerla melindrosa, ni nada de nada. Y de nuevo nos guiñó la Manolita para darnos medio gordo. Ochenta y cuatro eurazos limpios con los que decidimos pagar la entrada y la estancia en el paraíso por semana y media, que la doña se portó y se compadeció de nosotros, y nos tuvo lástima, y accedió con la condición de que usásemos el retrete solo una vez al día y otra a la noche y de que nos duchásemos máximo una vez por semana, y de que usásemos el mismo cuartucho de ahora. Nos hizo precio.

-Ande, Florencia, que menudo pico de oro se ha echado de novio, valiente robaperas.

Aquella tarde me fui de con la Ambrosía sin anunciarlo. Saqué las mudas de los cajones y las doblé cuidadoso en los enormes bolsos de aquel gabán de veterano ruso; también los calcetines cuyos agujeros no eran demasiado grandes (¿sabría la Florencita zurcir, tan mañosa como

parecía?); alguna que otra chuchería me llevé y el fondo donde guardaba, plegaditos en un misal, los ahorros para los malos tiempos, o quizás mejor decir para los peores.

Se sorprendió al verme aparecer por el parque, tan campante, con las manos desnudas de bártulos, creyendo que me había rajado.

-¿Estás tonta?- le dije quitándole de las manos la botella y achicando un trago largo hasta que se me desbordó por los labios - ¡Dejarte yo a ti, reina mía! Todo lo que tengo cabe en este abrigo.

Y entonces reparó en los bolsos abombados, grandes, enormes y desfondados, en los que hacía hatillo de mis pocas pertenencias. Frente al portal enorme de la pensión, de noche, algo achispados, nos inundó una sensación, vaga, de bienestar en la que columbramos, en nuestras ínfulas de mendicantes, los escombros de algo parecido a la felicidad. La miré. La oscuridad caía bien sobre el pelo recortado a bacinilla para ahorrar en peluqueras y afeites y ofrecer el aspecto pulcro y aseado y tomar en la noche de insomnio, como supe después, el entretenimiento de buscarse liendres y machacar entre las uñas sus huevas.

El vino obró milagros y hermoseó su rostro simiesco, disimulando las arrugas, los carrillos hinchados, la nariz hundida en ellos de puro chata y los cristales rayados y viciados de aquellas gafas, remendadas con esparadrapo en las patillas, y aquellos morros tan de culo de marrano irritado por el resabio del pintalabios.

-Florencia, mírate una cosa que te digo, que de no ser porque tengo el reúma complicado con la ciática que se me cincha a las hernias que me valieron la pensión, te tomaba en brazos y te entraba como recién casados.

Le brillaron al fondo, desbordadas en lágrimas, las cataratas. Aquella noche nos dormimos juntos, apegaditos, besándonos y prometiéndonos para mañana un buen premio, una buena combinación

en la Manolita. Le noté que me alargaba el palique y que, cuando estaba por dormirme, apegándoseme los párpados, ella me despabilaba.

-Crispulo, Crispulo –me tironeaba de las solapas del abrigo o de las orejeras.- ¿Qué no duermes aún?

-No, Florencita, no aún, dime.

-Crispulo, Crispulín, ¿tú me vas a respetar?

-Sí, Florencita, no pierdas cuidado. Que soy hombre alevoso pero de ley para las mujeres.

-Ah, pues eso está bien. ¿Y como cuánto? ¿Cómo cuánto me vas a respetar, Crispulín?

-De completo, hermana, no pierdas cuidado.

Y al cabo otra vez tironeaba.

-Pues sabes, Crispulín, cielo, ¿habíaste adormecido? No aún, ¿verdad? Pues sabes, caracho, que lo he pensado mejor y que si quieres puedes no respetarme. ¡ea!, que te doy permiso, ¡carape!, que esto de estarse en la cama un hombre y una mujer así debe ir contraviniendo la naturaleza para caer hasta en pecado. ¡Hale, pues, cristiano! Aprovechate y no digas que no fuiste afortunado, que todo este cuerpo de cabaretera es para ti.

Y gracias a que hacía tiempo que me había zafado de las calenturas con la Ambrosía y me rondaba el runrún pude cumplirle, tentándole entre la telas del sueño cuando un pliegue, cuando una lorza, escuchando lento su resollar de mula cansada, sus gemidos roncós y sus espasmos moviendo pesado aquel cuerpo paquidérmico. De pronto, entre la camisa a medio desabotonar, sacó dos pechos coronados por sendos pezones hinchados, periformes, y me tomó de ambas orejeras de mi gorra para hundirme el hocico en su escote de sabor a cuero recocado y acartonado, en el sabor salado de las muchas costras de

sudor apelmazado, en el sabor usado de los billetes que guardaba a buen recaudo en el sostén, protegidos por un escapulario.

-¡Trágate las peras, trágate las peras!- susurraba quedo de la que se empañaban los densos cristales de jadeos y rechinaba el somier, esparciendo por la casa su estruendo de chicharra.

Cuando hacíamos el amor la Florecita se quedaba después ajada, arrumbada, medio muerta de fatiga y deshaciéndose en ventosidades y suspiros, hasta entrada la mañana. Entre sueños se le quedaban en los párpados las últimas jugadas y recitaba, medio sonámbula, una salmodia de frutas, peras, peras, limones, uvas, ¡¡tragaperas, tragaperas!! Melones, ciruelas, ¡¡tragaperas, tragaperas!!

No se levantaba ni a desayunar y, desde el catre, buscaba y rebuscaba en su carrito de la compra los cruasanes adquiridos por docenas que le duraban semanas. Se los despachaba con tragos de vino y solo cuando el sol reverberaba fuerte en los cristales blindados de sus gafas se bajaba las sayas cubriendo las carnes lechosas y fofas de sus piernas, se subía las medias y las ligas enroscadas en las pantorrillas y accedía a salir de casa; me preguntaba la cuenta de las veces que habíamos ido al baño para no saltarnos el cupo de la dueña, y caminaba arrastrando los pies, carraspeaba, esputaba y se quitaba las legañas por todo aseo.

-Llegamos tarde a ver a Manolita y de seguro que ya está el chino manoseándola-la apuraba yo, protestando.

Ahora, a la Manolita le había salido un nuevo pretendiente. Un chino la asediaba horas y horas con un botellín de agua por toda consumición. No paraba el maldito hasta saquearla. Era un profesional, un chulo, un proxeneta de las manolitas. No se inmutaba ni con el premio gordo. Ni se enfadaba cuando la máquina le tomaba algunos cuartos. Apuraba el botellín, cerraba fuerte y salía.

Una mañana convencí a Florencita para seguirlo. Iba serpenteando bares, comprobando las demás máquinas. Con la paciencia y la precisión de los depredadores, si intuía una víctima, se quedaba frente por frente, al acecho, y caía sobre ella.

-Manolita ya no nos quiere –me consolaba Florencita la mañana en que me obcequé. ¡La de cuartos que estábamos fundiendo! ¡Casi casi la pensioncita! Se me había consumido hernia y media en aquella mañana. Pero aún guardaba esperanza. Manolita no podía ser tan cruel. No podía hacerme eso. Que uno era darme celos con aquel ojos de almendra, y otro repudiarme para siempre jamás.

Florencita se fue al baño con el carro a aliviar un estrujón de tripas. Aproveché para cambiar uno de los billetes sin que me viese, uno de los que le había sisado del sostén cuando dormía. Le haría pensar que la máquina nos había devuelto algo.

-Moza, cambio, apúrate, anda, antes de que enfríe.

Pero justo la moza salía con unos cafés y se demoró respondiendo a los cumplidos y contó y recontó las monedas y no le alcanzaba y adjuntó algún billetito de a cinco, que tampoco les hacía ascos la Manolita y ella no quería quedarse pelada y sin cambio tan temprano, me explicó. Después tomó con cara de asco el billete que le di y que hedía a cerrado, a moho y a pétalos deshojados.

Cuando regresé Manolita se había buscado acompañante. Aquel chino la manoseaba con caricias de mariposa, profanándola con su buen hacer. Y de ahí el vómito y el estallido. Una cascada de gozo. Doscientos y pico de euros, cayendo moneda a moneda y él ni un baile. Ni una cumparsita. Ni el atisbo de una sonrisa en su boca. Nada. Las tomaba y las disponía de forma mecánica en montoncitos. Reconocí aquellas monedas como mías; reconocí mi pérdida en su ganancia. Metí mi dinero en las profundidades de los bolsos de mi zamarra y tenté la

navaja. Se me vino la ocurrencia. Lo esperé a la salida, paseando nervioso frente a una callejuela donde servía de almacén a las bodegas de los bares de las zonas. Lo tomé del brazo, sonriente, cuando salió, y lo metí allá. Intentó revolverse pero le saqué la navaja y se la puse a la altura del cuello, para que la viese bien.

-Mira, cachito, esto no es nada personal, pero te has metido en mis negocios. Que te metas en el país, pase; pero has de aprender a respetar. Aquí tenemos nuestras leyes. Así que ya estás aflojando la pasta o te armo tal escalabro que ni para fideos te quedas.

No parecía comprender hasta que me cabreé y le grité: <<money, money>> y comprendió entonces a qué se debía todo. Hizo además de tranquilizarme y se llevó la mano al bolsillo para girarse después en un revuelto de molinetes. Solo sentí los golpes: la patada en la muñeca, el punterazo en la entepierna, el doblegarse de las rodillas y la ofensa de dos bofetadas a mano abierta en la cara. Después le escuché gritar y me puse en lo peor, pensando que me daba el cate mortal; pero vi derrumbarse a su lado el carrito de la Florencita y a esta que se le trepaba en las espaldas, mordiéndole y pellizcándole, hasta que el oriental le arreó un codazo y la lanzó contra la pared, reventándole las gafas y haciendo añicos parte de su dentadura. El chino salió corriendo.

-Florencita, Florencita –me acerqué renqueando- ¿Estás bien, reina? Joder, que no hay chinos y vamos a tropezarnos con el primo del Kung-Fu. ¡Qué mala suerte! ¡Háblame! ¡Por tu padre y por tu madre y todas las meloneras que recogieron tus santas manos...!

Me costó espabilarla. Fui retomando las gafas por ver si tenían arreglo y las piezas de la dentadura, guardando en el bolso el colmillo que le relumbraba en la sonrisa y que se me figuraba era de plata y una muela que parecía gozar de un ligero baño de oro bajo los restos del cruasán mañanero.

Durante la tarde estuvimos allá en el parque, debatiéndonos si acudir al médico o no. No quiso ir por más que le insistí, porque la trataban mal, aseguraba, y arrugaban sus hocicos al auscultarla y acababan por regañarla.

-Mejor vámonos a casa Crispulín, y me revisas tú –me animó con la sonrisa rota, palmeándome la pierna.

La doña nos proporcionó agua oxigenada y un poco de mercurocromo para las heridas. Nos consoló, comprendiéndonos, que tanto extranjero había echado a perder el país y que no había quien saliera seguro a ningún lado, y que ni siquiera en casa estaba una tranquila, y tanto se compadeció que nos trajo después de la cena un caldo aguado de las sobras.

-¿Qué tal anda mi doña Flora?

-Va bien. Ahora descansa, pero está para echarse unos cuplés. Antes se marcó un repaso de su repertorio de los tiempos de cabaretera.

Pero era mentira. Le entraron unos temblores de fiebre y me suplicó que me arrumacase a su vera y la cubriese. Por mucho que la tapé, incluso con mi abrigo, no se le fue el frío en toda la noche. Me desperté de madrugada, tiritando yo también. La tenté. Estaba gélida con los labios de culo de gorrino con almorranas, quebrados y malvas; la piel, toda lívida, más amoratada si cabe por la reverberación lunar. No respiraba. La zarandeeé suave y después, tras la certidumbre, más urgido y asustado. La llamaba entre susurros, con la voz llorosa, hasta que golpearon el tabique para mandarnos callar, <<joder con los abuelos, la marcha que llevan>>.

Por entretenerme, me pasé la noche registrando sus pertenencias, convencido de que serían, seguro, sus últimas voluntades: que heredase yo los recuerdos en lugar del ama. Me metí de nuevo al bolso las muditas, plegadas para la mudanza y dispuestas a hacer sitio a

otras naderías que guardaba mi reina: un relicario de latón, un par de crucecitas de Caravaca, unas pulseras que parecían de oro lejano, los caudales que guardaba en el sostén raído por la pátina de sudor. Allá sobre la mesita aparté los débitos destinados a la dueña de la pensión y tapé de nuevo, despidiéndome con beso casto, sus ubres aperoladas.

En el fondo del carrito, en una bolsa de plástico, reposaban sus ajuares de cupletista cuando las carnes no se le habían desparramado: las combinaciones aún guardaban los tesoros del olor de la hembra que fue, devorada por las fauces de la ciudad.

Me quedé velándola, atento al rumor de la pensión, hasta que trajinó el ama por el pasillo desenvolviendo los cerrojos y los pestillos para evitar que se colasen más inquilinos de los deseados.

Fue entonces que se me hizo la boca del sabor dulzón de las tristezas y de las despedidas y de seguro que eran los humores y los azúcares del cuerpo de Florencita entrando en descomposición; y la luz le entraba por el ventanuco con cuidado, y le resbalaba, y se me figuró que de no ser tan fea y tan vieja parecería una santa aureolada.

Era jueves. Me pregunté qué golosinas calmarían a la Ambrosia, qué disculpas urdir, que cantidad de dinero sería suficiente para aplacar su furia, esperando que necesitase ayo para sus nietos. Todo para recobrar la miseria cotidiana, el agua ensopada de fideos, un sitio donde dormir y un cuerpo manso a veces en el que adquirir una rebaja para soltarse la calentura. Quizás la llevase a cenar, que la Ambrosia con el estómago lleno se volvía mansa y melosa y al volver a casa lo buscaba a uno. Quizás. Pero esa noche le diría que no. Que estaba triste. Sí. Quizás le dijese eso por serle de ley al recuerdo de Florencita o me la imaginase viva, en la piel de la otra.

Y se me puso un no sé qué en el estómago que di en creer que era hambre pero ni así desapareció cuando me comí los cruasanes, y

pensé que era nostalgia de ser feliz, de creernos dichosos, ya ven, nosotros, pobres diablos con ínfulas de mendicantes, y hasta me rebosaban los ojos al enfilear la avenida, tan temprano, añorando el relinchar del eje de su carrito y su respiración trasegada.